

Crónica: Arquitecturas de la luz: Arte, espacio, liturgia (4-6 junio 2015)

Bert Daelemans, SJ

Profesor de Teología Dogmática. Universidad Pontificia Comillas de Madrid
E-mail: bdaelemans@gmail.com

Un edificio litúrgico no es simplemente objeto de la luz, sino también su sujeto. Con estas palabras abrió el monje Goffredo Boselli el decimotercero congreso internacional sobre arquitectura litúrgica, celebrado del 4 al 6 de junio de 2015 en el monasterio ecuménico de Bose bajo las auspicias del prior Enzo Bianchi y del Oficio Nacional para los bienes culturales de la Conferencia Episcopal Italiana. En estos congresos, teólogos, arquitectos y liturgistas de reputación internacional son invitados a echar luz sobre un tema particular que concierne al espacio de la celebración litúrgica. El primer congreso litúrgico se celebró en 1994, con el tema de la celebración eucarística. En 2003 se organizó el segundo congreso centrado en el altar; y desde 2005 siguieron los temas anualmente: ambón (2005), espacio litúrgico (2006), baptisterio (2007), asamblea santa (2008), iglesia y ciudad (2009), liturgia y arte (2010), *ars litúrgica* (2011),

adaptación litúrgica (2012), el Concilio Vaticano II (2013), liturgia y cosmos (2014), y, este año, el papel de la luz en la arquitectura litúrgica. Fruto esencial para la investigación son las actas del congreso que se publican cada año en las ediciones Qiqajon. Estos valiosos volúmenes son una muestra de la arquitectura religiosa contemporánea para quien desea profundizar en este tema que va suscitando más y más interés a nivel mundial, como atestiguan publicaciones y congresos en todo el mundo.

La luz es, ante todo, cristológica. Así lo recordó el patriarca Bartolomeo en su carta de salutación al congreso. La luz es la primera criatura, creada antes del sol y de los astros: *Fiat lux* (Gn 1,3) –la luz invisible que hace ver, que permite ver–. Es un tema central para arquitectos y teólogos, como muestra el versículo recurrente en el congreso: «En tu luz vemos la luz» (Sal 36,10). En la luz increa-

da, divina, sacramental se puede discernir la luz natural, creada, habitualmente desapercibida, desencantada, meramente funcional. Enzo Bianchi evocaba con deleite que la luz en una iglesia queda la mayoría de las veces, y tan sencilla y gozosamente, reducida, condensada, densificada en la humilde lámpara del santuario: una presencia frágil, fiel, festiva, simple y densa a la vez. El biblista belga Jean-Pierre Sonnet citó a Gaston Bachelard: «En la llama, el tiempo mismo se pone a vigilar».

Esta luz necesita espacio, materia, textura: la mejor de las arquitecturas predispone al visitante para percibir las profundas riquezas simbólicas de la luz. La mejor de las arquitecturas es en este sentido servicio, *diakonía* para la evangelización, para iluminar, mostrar, desvelar que somos hijos de la luz, piedras vivas del cuerpo resucitado. Para que esto ocurra, necesitamos «la gratuidad de espacios perdidos», sugirió acertadamente el monje francés Philippe Markiewicz de la abadía benedictina de Ganagobie. Él citó al «más místico de los arquitectos del siglo xx», el americano Louis Kahn, diciendo que la luz, como creadora de todas las presencias, produce un «material». Ser bañados en una misma luz crea comunidad, un *sentire cum Ecclesia*. Cuando una expe-

riencia no es solamente espiritual sino también sensible puede ser compartida. Es algo que los sospechosos de lo sensible nunca entenderán: la luz, como realidad sensible y simbólica a la vez, tiene la abrumadora capacidad de mostrar el Reino de Dios *en* este mundo, de hacer visible la luz de Cristo que ilumina *este* mundo, no otro. Markiewicz acertó cuando citó la epíclisis de la anáfora de San Basilio, donde se pide al Espíritu que venga «y ponga de manifiesto que este pan es el cuerpo mismo del Señor». De manera análoga, en la arquitectura litúrgica se trata «simplemente» de mostrar, de poner de manifiesto la sagrada realidad, no *a pesar de* lo sensible, ni *detrás* de lo sensible, sino *dentro* de lo sensible. Como buen monje, Markiewicz puso nuestra atención en la “liturgia continuada, suspendida, inacabada”: cuando el templo está entre dos liturgias, cuando la atmosfera está llena de incienso, de aire cargado de luz.

La luz, igual que el edificio, tiene que estar a la escala de los usuarios y de la liturgia celebrada. A veces, una falla eléctrica puede hacer que nos demos cuenta de que una vela puede ser suficiente para mostrar la riqueza detallada de una arquitectura, para que los volúmenes cobren vida, lo que la luz artificial a menudo disimula

con violencia. Durante el congreso, había un inolvidable concierto meditativo de lecturas espirituales e improvisaciones musicales en la iglesia románica de San Secondo, iluminada únicamente con velas para la ocasión. El teólogo alemán Albert Gerhards sugirió que tanto la luz artificial como la oscuridad deben ayudarnos a experimentar la luz natural. No todo en una arquitectura litúrgica es funcional, y no todo es simbólico: esencial son las atmósferas, los ambientes creados, sin acabar en un esoterismo superficial.

Fue una decisión genial arrancar el congreso en la iglesia misma de Bose, para poder experimentar corporal y sensiblemente cómo un edificio concreto acoge y cambia con la luz, cómo la luz lame las paredes, juega con el mobiliario, habita los espacios y crea atmósferas propicias para una bendita pluralidad de mociones. Cómo, en otras palabras, la luz universal, difusa y banal se hace concreta, cercana, cariñosa y sacramental. La luz en una iglesia ayuda para orientar a una asamblea como Pueblo de Dios peregrino, escatológico, expectante, y congregarla alrededor de un foco central, a la escuela de la palabra o a la participación en la eucaristía, como Cuerpo de Cristo.

La luz, subrayó el teólogo italiano Paolo Tomatis, adopta muchas formas en el tiempo litúrgico. Protagonista en la vigilia pascal, durante el tiempo ordinario se traslada más bien al fondo como presencia silenciosa, invisible, funcional, que nos permite ver, simplemente. Sugereente es su tesis que, por su intrínseca dimensión escatológica, la liturgia tiene que compaginar el ardor de la inmanencia, del *ya*, expresado por una estética de la luz y del sentir, con el pudor de la trascendencia, del *todavía no*, expresado por una estética de la cruz y de la incapacidad de ver. La luz, en una coreografía adecuada, tiene una importante dimensión iniciática, capaz de introducir en el misterio celebrado y evocado, capaz de predisponer al encuentro. La poética de la luz pone entre paréntesis la gramática de la luz. Tomatis terminó citando a Tertuliano, quien, en el contexto del bautismo, se extasió delante de algo tan sencillo como que el agua pueda conllevar tan grande maravilla. También aquí: algo tan sencillo como la luz puede poner de manifiesto una realidad asombrosa. Por lo tanto, incluso la luz artificial, nos cuenta con acierto la arquitecta italiana Donatella Forconi, no debe ser simplemente funcional. También tiene su papel en la extraordinaria narración de (y por) la luz.

Participantes para esta edición vinieron de trece países, desde Brasil a Eslovenia y desde Noruega a España. Nunca ha tenido tanto éxito el congreso, que culminó con la bella intervención del aclamado arquitecto valenciano Santiago Calatrava, cuya iglesia ortodoxa se construye actualmente en el famoso *ground zero* de Nueva York. A esta esperada presentación acudieron además muchos arquitectos y aficionados desde toda Italia.

El congreso compaginó conferencias sugerentes sobre el tema de la luz en la *Biblia* y en la liturgia con presentaciones sobre el efecto de la

luz natural y artificial en edificios contemporáneos, como la capilla *Árvore da Vida* en Braga, la renovación por John Pawson de la iglesia de *Sankt Moritz* en Augsburg y *Santa María* de Álvaro Siza Vieira en Marco de Canaveses. El célebre pintor dominico coreano Kim En Joong presentó su obra de vidrieras, subrayando su labor de liberación, que él llamó incluso «expulsión de demonios». En efecto, sus colores caligrafiados visten la luz de gozo, brillo, juego y juventud, o dicho de otra manera, revelan su ser festivo, su cualidad alegre, su dimensión escatológica. ■